

MUNDO REAL Y MUNDO CUÁNTICO (2º ejercicio)

Eran las diez de la mañana. El invierno colapsado en mi puerta, casi medio metro de nieve agolpado contra la puerta de mi casa. No debía coger el coche, la carretera debía estar infernal a esas horas y con semejantes temperaturas.

Me había alargado en el café con mi cigarro y llegaría tarde a la consulta, algo poco habitual en mí... Me quedé frente al coche, mirando de reojo la nieve, sin decidirme qué hacer.

La calle abarrotada de gente, aun a las afueras de Madrid... no quise imaginarme la carretera.

Me estaba retrasando aún más... veenga... qué hago. Sin pensarlo ya, último impulso con el nervio ya a al cuello, metí la llave en mi bolso y me dirigí a la estación de tren. Pagué el billete, subí al vagón y saqué mi libro del bolso, casi por sistema. No me concentraba. Imposible concentrarme.

Las piernas heladas, el vagón a reventar, frente a mí se sentó una niña con dos coletas. Su madre, cuarentona, repetía la lista de su agenda en alto las miles de cosas que hacer. A mi derecha veía la carretera, circulando sin problema, circulando como la sangre en una vena, con la mayor de las aceleraciones. Y yo, parada en Las Rozas, la gente subiendo y bajando, sentándose y levantándose, leyendo o hablando, contestando a los móviles, mascando chicle. La niña en frente de mí mirándome los pies. Me incomodaba. Subió su mirada hasta mi cara, con el entrecejo arrugado en una cara tan joven como la suya.

Otra parada, más gente, y la carretera a mi derecha, holgada, nevada, recorriendo los kilómetros sin cesar.

Diez y media, yo con el libro cerrado sobre mis rodillas, con el reloj pesándome en la muñeca, inquieta por la hora, por la niña y por el chicle que explotaba en los labios de aquel. Aquel, éste y el otro.

Me intenté concentrar. De qué le iba a hablar hoy a la doctora... a ver, a ver... le podría comentar algo sobre la última persona que conocí ayer. Un hombre que me encantó, sí señor, sería buen tema de conversación. Tal vez me diría que es maravilloso, intentar volver a empezar con mi vida y bla bla bla. Se pondría contenta, me tendería el bol de

caramelos de limón con gran sonrisa mientras me reptiría: cuéntame más, Cristina, cuéntame más, vas muy bien.

Volví a mirar a la niña, intacta con sus ojos grandes de nuevo sobre mis pies.

Sí, bueno, le hablaría sobre ese hombre... sí. Y después sobre Pilar, para decirle que nos hemos reconciliado, pero que la relación de amistad no es de la calidad que era antes. Claro, que me preguntaría por qué... y yo no lo sé. Me incomodaba pensar en ella, y me incomodaba aún más imaginar la cara de mi doctora haciendo la inevitable pregunta de por qué, por qué, por qué.

De nuevo parado el tren, parecía que había problemas con la maldita nieve.

Diez cuarenta y cinco. Metí el libro en mi bolso, con los nervios a flor de piel. ¡Pero qué coño pasa con el tren!, y qué le pasa a esta niña, por dios, que deje de mirarme...

Mi parada, me levanté. Un moreno de 35 años más o menos, hablaba por su movil de pie, esperando como yo para bajar. Colgó, yo le miraba de reojo. Era absolutamente maravilloso, no podía parar de mirarle y creo que se dio cuenta. Enrojecí.

Las coletas de la niña asomaban sobre la silla del tren, ya sin mirarme.

Bajé y seguí los pasos del moreno hasta las taquillas. Vi que se comenzaba a dirigir hacia el metro, y me dieron ganas de seguirlo. Él tiró a la derecha, yo a la izquierda, a mi consulta. Cuando se giró para mirarme antes de meterse en la boca de metro, creí que del susto iba a trastabillarme, pero seguí sin girarme, intentando repasar mentalmente lo que planeé decirle a mi doctora.

Subí los tres pisos, entré, y allí estaba mi psiquiatra, en la salita de espera, hablando con un paciente. Me disculpé y entré en la consulta tras ella.

Me miró de frente y casi suelto una carcajada nerviosa cuando me preguntó cómo estaba. De pronto me fue insoportable su pregunta, no quería que me hablase como siempre.

Qué tal, cuéntame cómo estás, Cristina. No lo pude evitar, la miré y dije mecánicamente que todo iba de maravilla, que me había enamorado de un hombre maravilloso y que a partir de entonces todo iba a ir bien. No nos lo creíamos ni yo ni ella, y la conversación se cortó ahí, calladas la una frente a la otra.

Cuéntame más, Cristina.

Le podría haber hablado del tren, de la nieve, del moreno, las coletas, de la cafetera, del paraguas que no se abría en mi casa, pero el resultado final hubiese sido, en cada caso tan distinto... dependía de un hilo el que me hiciese seguir o no con la medicación. A lo mejor las coletas de la niña y mi angustia la hubiesen puesto en alerta. Tal vez si hubiese venido ayer o esta mañana a las diez en punto, con mi enamoramiento espontáneo, ella hubiese pensado y firmado en el papel que yo iba mejorando y no terminaría por perder mi empleo...

Tal vez si le hablase del constante sudor de la palma de mis manos hubiese deliberado por algo peor...

Cuéntame más, Cristina...

Todavía yo no había contestado, y me di cuenta que entre tanto pensamiento me había quedado mirando al infinito. Ella con ojos tristes me miraba fijamente, como la niña del tren.

De pronto no le vi sentido a seguir con mis historias. Según qué eligiese y por dónde empezase, ella me ofrecería caramelos de limón o pastillas blancas por fuera y negras por dentro.

Me levanté y salí. Escuché blandamente mi nombre tras de mí, pronunciado por mi doctora... y me pareció aún más vacía de sentido su voz que el medio metro de nieve colapsando la puerta de mi casa.

Estelle Talavera Baudet.